# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 11034

**PRECIOS DE SUSCRIPCION**

En la Península—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

**REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24**

JUEVES 18 DE AGOSTO DE 1898

**CONDICIONES**

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.


## CADA CUAL A LO SUYO

Mientras los políticos pasan los días pensando como se resolverá la crisis, cuando venga, y hablan del fracaso de la política liberal y de las esperanzas que hace concebir la política conservadora, el país que ya no cifra esperanzas en nadie, porque de todos ha quedado descontento, se ocupa en cosa bien distinta y que le importa más.

Después de tres años y medio de lucha cruenta, que comenzó con el levantamiento de una insignificante partida y ha terminado con un desastre de que no hay ejemplo en la historia, ha llegado el momento del reposo y hasta eso le está vedado por el momento á este desdichado país.

Casi incomunicadas con Cuba por el cable ó incomunicadas totalmente por la vía postal, á causa del bloqueo, millares de familias esperan afanosas que la comunicación se restablezca para saber la suerte que le cupo al padre, al hermano, al hijo, al pariente, en fin, que fué á la gran Antilla á defender el derecho de su país y el honor de su bandera, mientras sus familias quedaban aquí sumidas en el lloro y lloran aun la ausencia de los seres queridos y las penas que el temor de no volverlos á ver han engendrado en sus almas.

¡Tres meses de silencio! ¡Cuántas noticias tristes representan esas tres fracciones de tiempo, noticias retardadas que al recibirse ahora en montón provocarán una tempestad de lamentos y lágrimas!

¿Y de Manila? Tres meses hace que solo llega alguna carta de la capital de Luzón. Del resto de la isla ninguna ha llegado. Y ha habido allí combates cruentísimos y traiciones de los soldados indígenas que atacaron por sorpresa á sus jefes, y ojeos en los bosques para cazar á los peninsulares fugitivos que fiaron su vida al ¡sálvese el que pueda! Cantidad en momentos de suprema angustia.

¡Cuántas víctimas habrán producido esos combates, esas traiciones y esos ojeos! ¡Cuántos pobres seres habrán caído al golpe airado del feroz tagalo, que sediento de sangre y de venganza no habrá tenido un instante compasión ni para los indefensos ni aun siquiera para los niños!

El número de bajas que ha habido en Manila desde el principio del conflicto hispano-americano no se conoce. Nadie sabe como se llaman los que durante los meses y medio han dado en aquellas tierras su vida por la patria. La incomunicación ha impedido que lleguen hasta nosotros noticias tan tristes.

Ahora vendrán porque la comunicación va á restablecerse. ¿Quiénes serán los prisioneros? ¿Cómo se llaman los heridos? ¿Qué nombre llevaban los que murieron peleando?

Mientras el país se ocupa en estas tristezas y cada familia pasa por una crisis de dolor esperando y temiendo á la vez que vengan noticias de lo que ha quedado de los ejércitos de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, los políticos se ocupan en la crisis que les ha de dar el poder y olvidando las desventuras de todos, en las que tanta culpa tienen, se disputan insultándose los primeros puestos.

¡Qué espectáculo!

## GLORIAS NACIONALES

**Combate de Río de Medina**

*18 de Agosto de 1813.*

Cuando casi todas las provincias mexicanas del Norte se hallaban limpias de insurrectos, gracias á la actividad, pericia y energía del teniente coronel Don Pedro Monsálvez, el cabecilla Gutiérrez de Lara, con una verdadera horda de aventureros norteamericanos, invadió la de Tejas corriéndose desde los Estados Unidos, con lo cual reprodujo la insurrección en aquellos tranquilos territorios. En un principio logró algunas victorias sobre las tropas realistas, y ensoberbecido por esto hízose despótico y altanero para con la Junta de gobierno establecida en Béjar, y como no contaba con la fuerza y el prestigio necesario para imponerse, fué obligado á entregar el mando de su gente á D. José Alvarez de Toledo, dominicano de nacimiento y exoficial de la Marina Española, recién llegado de la república yankée.

Tan luégo se hizo cargo de la partida el nuevo caudillo, salió al encuentro del coronel Arredondo, que con unos 800 infantes, 1.200 jinetes y 12 piezas de artillería marchaba sobre Béjar, encontrándose ambas fuerzas en las cercanías del río de Medina el 18 de Agosto de 1813.

En las primeras horas de la mañana de dicho día acometió el coronel á los rebeldes con unos 500 caballos y dos piezas, y aunque el ataque fué emprendido con decisión y bizarría, los rebeldes viéronse obligados á retirarse ante el nutrido fuego de cañón y fusilería que hacían los contrarios, con pérdida de las dos piezas y medio centenar de hombres entre muertos y heridos.

Formalizado el ataque, haciendo jugar toda la artillería y tomando parte en el total de fuerzas de uno y otro bando, el aspecto de la lucha cambió por completo hasta el extremo de que los insurrectos, á pesar de su superioridad numérica, viéronse al cabo de dos horas envueltos y derrotados, dejando sobre el campo gran número de cadáveres, particularmente de aventureros norteamericanos, que por ser gente solamente arrastrada á la lucha por la ambición de botín, carecía de instrucción y de espíritu guerrero, faltas que les hicieron incurrir en grandes desaciertos, cuyas consecuencias fueron fatalísimas para ellos.

Los españoles hicieron 112 prisioneros, cogiendo, además, toda la artillería del enemigo. Sus bajas fueron 55 muertos y 178 heridos.

MARSE RODRIGO.

*(Prohibida la reproducción).*

PARENTESIS

## SERY

(CUENTO)

I

Marchaba D. Lope muy de mañana camino de la ciudad de X, ginete en brioso caballo de pura raza andaluza y seguida de un hermoso perro blanco de rizada lana llamada Sery.

Llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho, la vista fija en la crin de su caballo, cabizbajo y sumido en sus más tristes pensamientos; cualquiera que le hubiera observado habría visto una lágrima que se deslizó por su pálida mejilla y se perdió entre los cabellos de su larga y sedosa barba blanca.

¡Tristes recuerdos debían de cruzar por su mente!

El perro, quizá comprendiendo la tristeza de su dueño, marchaba también al lado del caballo, triste y con el rabo entre las patas, irguiendo las orejas al menor ruido que sentía.

El asunto que á D. Lope llevaba á X no era otro que una herencia que su tío al morir le había legado, según constaba en testamento que á fuer de hombre previsor tenía hecho desde su juventud.

Con harto pesar iba á recoger aquella cantidad fruto de los trabajos y sinsabores de aquel miembro de su familia, con quien había pasado la mayor parte de su vida.

II

Llegó hacia el mediodía nuestro caminante al término de su viaje y se hospedó en una de las posadas de la ciudad. Cambió su traje lleno de polvo por otro limpio que á prevención llevaba en sus alforjas sacudió sus zapatos y sin darse momento de descanso salió á la calle seguido de Sery encargando al posadero que preparase todo para partir al anochecer pues quería salir cuanto antes de aquellos lugares que tan tristes recuerdos traían á su mente.

Al toque del Angelus volvió D. Lope á la posada llevando en su poder una caja de hierro de regulares dimensiones que dejó sobre una silla y pidió alguna cosa que comer.

Al momento le sirvieron lo que pedía, devorándolo con ansiedad pues era lo primero que su estómago recibía desde el amanecer.

Terminó de comer y se dispuso á partir.

III

Una vez en camino nuestro hombre tomó las precauciones necesarias para librarse de toda agresión del bandolerismo y allá al amanecer, cuando ya se encontraba á muchas leguas de X... vió un arroyuelo y sintió deseos de beber y descansar.

Descabalgó, ató su caballo á un arbol y después de saciar su sed sentóse cerca del arroyo colocando la cajita á su lado y se durmió á pesar suyo.

Media hora más tarde despertó azorado y confuso.

Acababa de soñar que..... ¿pero nó, no era sueño, lo estaba viendo con sus propios ojos tenía delante un enorme toro escapado sin duda de alguna dehesa y que sólo el mirar le espantaba. Su sueño resultaba cierto.

Dirigióse hacia su caballo montó y clavando sus espuela en los hijares del animal emprendió la marcha á galope dejando olvidada la caja.

Sery al ver que su amo partía y se dejaba la caja allí cerca del arroyo, prorrumpió en atronadores y agudos ladridos y dando tales saltos que llegaba á la cabeza del noble bruto.

Viendo Sery que por este medio no hacía comprender á su dueño, el olvido de que era víctima, se tendió delante del caballo obstruyéndole el paso hasta hacerle encabritarse poniendo en gran riesgo al ginete.

D. Lope viendo esta rareza la temió por un signo de hidrofobia y sacando de uno de sus bolsillos un arma de fuego la disparó sobre el perro y continuó su marcha.

El pobre animal cayó herido de muerte pero aun tuvo en su agonía aliento para arrastrarse hasta el sitio donde estaba la cajita.

Cuando el dueño de Sery llegó al término de su viaje y vió que le faltaba el cofrecito comprendió perfectamente lo que había sucedido.

Volvió atrás rápidamente y llegó don-

---



—Se murmura acerca de la intimidad de la princesa con D. Juan de Santivañez, guardia de corps de vuestra majestad.

—Cualquiera os creería lleno de envidia y celoso, dijo riendo contra su costumbre Felipe V.

El jesuita miró con asombro al jóven monarca, y encontró su mirada tranquila y brava.

—Os lo repito, dijo con frio desdén Felipe V: os engañais como todos; os habeis gastado, os colocais en el terreno de la vulgaridad como un pobre diablo cualquiera: ¿qué tiene de extraño ni qué me importa á mí, que una mujer de imaginación impresionable, galante, que ve oscurecerse los últimos fulgores de una juventud demasiado prolongada, ame ó no ame á uno de mis guardias? Ese es un asunto puramente particular. Los mosqueteros del rey de Francia han sido la causa de más de un epígrama: mejor, así hay un asuntillo más de que hablar.

—Es que todo el mundo lo sabe eso, y ..

—Basta padre D'Aubenton. Resumamos: deseo la mejor inteligencia entre vos y la princesa de los Ursinos: quiero que se me sirva bien, que no haya influencias extrañas, que no se me mortifique, y que no se me obligue á hacer la prueba de mi energía: pues estais en mi corte, sed mío, si es que quereis permanecer en ella. Basta ya de luchas y de intri-



gas; porque os lo aseguro, la influencia de la princesa sobre mí y sobre la reina es incontrastable. Podeis retiraos.

Y el rey abandonó el brazo del jesuita.

Este se inclinó profundamente, y salió diciendo para sí:

—Creo que me he engañado, y he estado demasiado torpe: el rey no ama á la princesa: es necesario variar de conducta.

El rey, por su parte, se quedó murmurando:

—Es imposible, de todo punto imposible; ¡enamorada Ana de uno de mis guardias! ¡Bah! No. El padre D'Aubenton es uno de esos estúpidos, á quienes por no haberlos examinado bien, se tienen por hombres de talento. Sin embargo, puede ser.. quién sabe... Las mujeres. .

Y el rey siguió paseándose, inquieto é incómodo No le veía nadie.

V.

De improviso sonó á lo lejos una corneta: después otra más próxima: al fin, una tercera, inmediatamente cerca de palacio

—¡La princesa! dijo Felipe V irguiéndose y dejando ver su semblante iluminado por una grande alegría. ¡Gracias á Dios!



Delante iban un correo y cuatro guardias de corps.

Detrás, y en escolta, un escuadrón de guardias.

Todo aquello brillaba, relucía, sonaba de una manera magnífica.

El rey prescindía de todo, arroyaba la etiqueta, y concedía el inusitado honor de salir á recibir al mismo camino á la princesa.

De trecho en trecho se veían destacamentos de caballería y de infantería formados en ala, que hacían al pasar el rey los honores de ordenanza.

Las cornetas de aquellos destacamentos habían avisado desde muy lejos la llegada de la princesa.

Esta se encontraba aún á media legua de distancia.

II

El rey apretaba las espuelas, ó más bien dicho los talones, porque no llevaba espuelas, á su caballo, y el galope de éste y el de la comitiva se iba convirtiendo en gran galope.

Los cortesanos murmuraban de esto para sí, y Felipe V, que se cuidaba muy poco de evitar que sus cortesanos murmurasen, apretaba cada vez más.